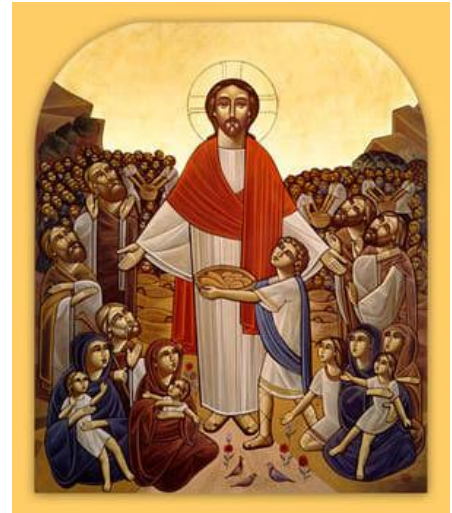


LOS MILAGROS DE LA GRACIA

Cuántas veces Jesús se resiste a ciertas personas, y no hace el milagro que le piden, en cambio, sí que hace numerosas veces milagros a personas que lo necesitan. ¿Dónde está la diferencia? ¿En qué estriba?

Nosotros muchas veces seguro que lo hemos pensado: 'si tuviera un signo que probase o al menos que facilitase más mi fe puesta en Dios, todo sería más fácil', y nada sucede. Es como los evangelios, cuando le dicen a Jesús que baje de la cruz si es Dios, y nada sucede; cuando Pedro le dice que Jesús no sufrirá de ninguna manera la pasión, y Jesús incluso le recrimina a Pedro esa actitud; cuando el demonio le tienta a Jesús en el desierto, por ejemplo, para que se dedique a convertir las piedras en panes, y nada de eso sucede.



Nos preguntamos '¿y por qué no sucede? ¿Qué hay de malo?'. Pues la verdad es que sí que hay mucho de malo. Las consecuencias serían funestas. Es aquí donde se juega la salvación o no de todos y cada uno de nosotros.

Aunque para entenderlo, hay que aclarar unos cuantos términos e ideas. Empecemos, precisamente, por la tentación de convertir las piedras en panes, puesto que se acaba de mencionar.

Como acabo de decir es en esta actitud de Jesús donde está en juego nuestra remisión o no. Porque Jesús ha venido a salvarnos. Y sale la cuestión de cómo hacerlo. Resulta que no es eficaz convertir las piedras en panes, o dicho de otro modo, hacer desaparecer los problemas. Pero ahora bien, podemos decir: 'eso sería maravilloso', 'una vez solucionados los problemas ¿qué problema hay?' Y tiene mucha lógica, claro está, si Jesús con su poder nos hiciese la vida más fácil, quitando molestias y demás... ¿qué problema hay en ello?

Para entender mejor la cuestión primero hay que aclarar el término salvación: ¿de qué necesitamos ser salvados? Si la respuesta es 'de poder llegar a final de mes', por ejemplo, entonces sí que nunca entenderemos por qué Jesús rehusó de convertir piedras en panes, o más en concreto aquí, de firmar cheques en blanco para todos, para decirlo con un tono más desenfadado.

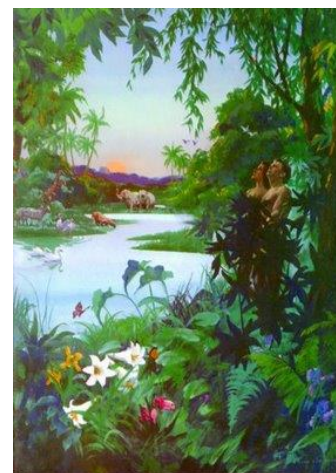
Resulta que la desaparición de todas las molestias materiales, o como se quieran llamar, no soluciona el verdadero problema, el meollo de la cuestión del cual sí necesitamos ser salvados. Salvación de, y esta es la respuesta, en términos bíblicos: del *pecado original*. Dios ya sí que creó al principio de todo un mundo que en el que todo eran comodidades y panes, nada de problemas ni piedras, el jardín del Edén..., pero cuando vino el pecado, todo se vino a pique, y la solución no está en volver a disfrazarlo todo de árboles frondosos. Se abrió una brecha, una herida... que no se cura así como así, tapándola por encima ni con el material más valioso.

Viene otra pregunta: ¿en qué estriba eso del pecado? En la historia del cristianismo se ha concebido el pecado de muchas maneras, cada cual tiene su idea propia de lo que es el pecado (a menudo falseada)..., pero sin pretender hacer un estudio aquí, simplemente decir lo que es esencial:

el pecado es la lejanía de Dios, la ausencia de Dios. Y como consecuencia más directa de él tenemos: el egoísmo.

Uno puede decir: ¿sólo eso es lo que ha provocado tanto cataclismo y tanta hecatombe y guerras y discordias? Pues sí. Y seguro que todavía no somos del todo conscientes de la gravedad del asunto. Aparte de todos los desastres, que intentar argumentarlos a partir del pecado llevaría otro artículo como mínimo, la principal consecuencia es la infelicidad, la insatisfacción. ¿Parece poco? El término felicidad ya es lo bastante grande como para asimilarlo a salvación. Aunque todavía va más allá, como dice Jesús, 'el 101 por en esta vida, y la vida eterna'. Pero de la vida eterna no hablaremos aquí, aunque quede bastante sugerido y supuesto ya.

Hagámonos esta pregunta, como si fuera Dios el que se la hace una vez se ha enterado que Adán y Eva le han traicionado: '¿y como hago yo ahora para devolverlos de nuevo a la vida de la gracia?'



Otro término nuevo: la vida de la gracia. Digamos que si el pecado es la separación de Dios, la gracia sería la unión con Dios, la vida en Dios. Y otro término nuevo más: la vida en Dios, viene a ser la vida en el amor de Dios; vivir en comunión con Dios quiere decir vivir en la sintonía de su amor, en su frecuencia. Ese amor de Dios total e incondicional, absoluto y volcado totalmente hacia afuera (en contra del egoísmo que es cerrado totalmente hacia adentro).

Bien, una vez hechas todas las definiciones y todos los preparativos, la pregunta del millón es esta: ¿cómo conseguir que un corazón en pecado, pase a ser un corazón en gracia? ¿Cómo convertir un corazón de piedra en uno de carne?

No es fácil, ni para Dios. Se podría argumentar que Dios es todopoderoso, y que con un solo chasquido de dedos lo podría hacer..., pero en el fondo le estamos pidiendo a Dios el caos, le estamos pidiendo que dos más dos sean cinco. Claro que lo podría hacer, pero las consecuencias serían inimaginables, y Dios lo que quiere es solucionar el problema del pecado, no echar por tierra el universo entero ni su misma esencia divina. De hecho Dios es el galante y guardián de que eso nunca pase, por mucho que alguien lo desee, y pobre si ese tal se atreve a intentarlo.

La primera respuesta más fácil sería esta precisamente: con un chasquido de dedos, que lo solucione todo (como convertir piedras en panes así sin más). Pero resulta que el amor de Dios es libre. Lo que le estamos pidiendo a Dios es que destruya esa libertad, el mismísimo fundamento de la maravilla de su amor: la libertad.

Y volviendo ahora ya al tema del primer párrafo del artículo, los milagros: le pedimos a Dios que se manifieste en su gloria, en su poder, en su perfección..., y entonces no habrá ninguna duda, creemos, y todo irá mejor. ¿En serio? ¿Quieres decir? Lo primero de todo nos cargaríamos la libertad. Y segundo, no creo que nos convirtiéramos tal como creemos pensar. De hecho, pensar en una situación hipotética creyéndonos a nosotros mismos como perfectos y respondiendo perfectamente a las situaciones, es fruto del mismo orgullo y egoísmo que llevamos dentro. Asimismo, creemos que nos convertiríamos, pues a lo mejor empezaríamos a tener otros tipos de

dudas, como que 'ha sido un montaje sofisticado por alguien', o que 'hemos tenido una alucinación especial', y qué se yo, mil cosas más..., con tal de no convertirnos verdaderamente.

Pero dejando ese tema de lado, aunque respondiésemos de la manera más adecuada a esa aparición o milagro, no nos podríamos convertir verdaderamente, porque la raíz y motor del acceso a Dios ha quedado destruido: la libertad. Ya no seríamos libres de ir a Dios, ya no seríamos libres de querer amarle. Y ahí estriba la salvación precisamente, en una vida de amor libre en Dios.

A la insinuación de que Jesús haga un prodigio en el cielo, su respuesta será: no habrá otra señal que la de Jonás tres días en la ballena, o sea, la de **la pascua de Jesús, muerto en cruz y resucitado** a los tres días.

¡Esta es la solución! La clave, las puertas del cielo, el acceso verdadero al amor de Dios, a la vida de la gracia: la cruz de Dios. *En la experiencia de todo un Dios poderoso, que te ama infinitamente a pesar de que tú estás alejado de él, y que da la vida por ti por amor...*, es haciendo esta experiencia como se produce el mejor de los milagros: **el paso de la vida de egoísmo, a la vida de caridad...** el paso de la vida ensimismada en uno mismo, a la vida de relación con el Dios universal y presente en todo, el paso de una vida cerrada a una vida de donación a Dios... a imagen de él, de su amor: Dios es donación pura, es amor absoluto...

Quien vive su vida de manera ensimismada, aunque pueda tener todos los alicientes y motivaciones que la tierra le pueda dar, acaba viviendo su vida insatisfecha y vacía: cuando mira hacia atrás, sólo se ve a sí mismo, a él y a su soledad. Por el contrario, quien vive su vida como una donación a Dios, y por ende, al prójimo, esa persona, vive la felicidad, aunque no sea consciente, aunque no tenga nada ni a nadie. Cuando mira hacia atrás, ve recuerdos llenos de vida y de valor, porque la misma presencia de Dios, su misma gracia, ilumina y llena incluso los más recónditos recovecos de aquella criatura.

Ya está todo dicho. Podríamos ejemplificar más las ideas, para hacerlas más visuales y entendedoras, pero ya me he alargado mucho (aunque quede en desproporción el artículo siendo la introducción muy larga; y la conclusión, el contenido verdaderamente provechoso, muy corto). Simplemente añadir un pequeño apéndice:

En esto está la felicidad, en *vivir la vida como una donación de amor*. Tanto es así, que el que es consciente de cómo pulula la gracia de Dios en su ser, o sea, cómo vive presente el amor de Dios en su vida..., el mismo hecho ya le produce una **gratificación**. Es tanta la gratificación de vivir una vida así, que la respuesta final es dar mismísimas gracias a Dios.

Podría parecer que es Dios quien nos tiene que agradecer que hayamos respondido a su llamada, pero esa visión es fruto de una visión marcada por el egoísmo, desconecedor de la verdadera gracia de Dios. El que siente la gracia de Dios, se siente afortunado, y sabe que es un don de Dios. Es el mismo Dios que se ha dignado a compartir lo mejor de su gloria con aquellas criaturas que no tienen nada que ver. Por eso el cristiano consciente le da gracias, porque su vida está iluminada por ese amor, es el amor de Dios que le ha dado esa posibilidad, y no uno mismo, sin Dios ni su misericordia no habría sido posible. De ahí que cristianismo, incluso Eucaristía, vengán a ser sinónimos de *acción de gracias*.

Mn Carlos de la Fuente, rector